

Bibliografía

PRENSA PARA MINORIAS Y POLITICA PARA TODOS

Gerald L. McGowan, *Prensa y poder 1854-1857. La Revolución de Ayutla y el Congreso Constituyente*, El Colegio de México, México, 1978, 376 páginas.

Más allá de un epígrafe de época con sabor romántico, pero sospechoso de inautenticidad en forma y fondo, transcurre esta obra cuya aportación más destacada es el estudio sobre las características formales y materiales de la prensa, de los últimos tiempos del régimen de Santa Anna (1854) hasta el Plan de Tacubaya (1857). Su disertación sobre las relaciones de ese medio de difusión con el Estado es de menor categoría.

Desde el punto de vista de las ciencias de la comunicación la labor del investigador es buena y parece, incluso, rebasar su teoría política para la época. Esta, como guía del trabajo, es objetiva y por ello conviene anticipar algunas de sus afirmaciones: la prensa en México es de élite, porque sólo élites intervienen en la política. De los siete u ocho millones de habitantes del país, apenas un cuarto de millón está en el juego, nos aclara la maestra Ruiz Castañeda, quien prologa este libro.

Esas 250 000 personas son las que leen una prensa que las adoctrina fundamentalmente, porque se trata de periódicos de partido ante todo. Sus noticias siempre aparecen en función del bando político a que se pertenezca. Eso impidió al autor hacer comparaciones paralelas, porque no hay diálogo ni debate. Las confrontaciones tienen que hacerse diagonalmente, cuando ya pasó a la historia un poder político que bloqueaba a determinada prensa. Este poder, pues, era indomeñable evidentemente por la prensa misma, concluye uno con lógica.

No es ni desde lejos el caso de aquel juicio del primer ministro Gladstone, a saber: que en cuanto el Parlamento

entraba en su período legal de receso, la prensa, como dueña y señora, quedaba gobernando a Inglaterra, un cuarto poder constitucional de hecho. (Véase el artículo "La Prensa", en la p. 2 de *El Herald*, periódico de la ciudad de México, de 20 de diciembre de 1855).

Ese cuarto de millón de habitantes elige el poder, lo sustenta y lo limita, porque ese grupo escogido es el que hace y lee la prensa, según McGowan.

Creemos, pues, que resulta superado el autor en su teoría política por la propia historia del país y por la bondad de los resultados mismos de sus investigaciones, premisas que, creemos, fundamentan conclusiones distintas, en lo básico, a las de McGowan. Este, de cualquier modo, cumple con el deber de dar un reflejo objetivo de la realidad... periodística. Dicha realidad, como hoy sucede, suele no identificarse con la realidad política.

Allá por la página 232, el autor se hace una pregunta orientadora: "¿Qué podría hacer un pueblo analfabeta con una democracia de partidos y un sistema federal que le garantizaba libertad, igualdad, fraternidad y felicidad? "

La idea complementaria de la cuestión, en dicha página, es la de que los liberales, como idealistas que eran, formularon una constitución para que el pueblo se adaptara a su marco, que no era ciertamente el de la realidad nacional. Esta realidad, aceptada por McGowan, está constituida, por ejemplo, por el poder temporal de la Iglesia, heredado de la Colonia, y por el centralismo político.

Empero, el "partido del retroceso", como lo llamó el doctor Mora, resultaba asimismo idealista cuando quería mirar el futuro con los ojos en la nuca. El Partido Conservador "idealizó" igualmente al tratar de prolongar en el tiempo una opresión de estilo colonial, la simbiosis de Estado e Iglesia, el poder temporal de ésta, etc., todo lo cual debía preservarse porque así había sido establecido en tres siglos de coloniaje. Luchar por que cesaran sería hacer obra

delirante de ilusos y peor: de “comunistas”, como lo dijo aquella brillante pluma de la Iglesia que fue don José Joaquín Pesado, porque no sólo tenía a su servicio flamígeras espadas, como la de Miramón.

Otra pregunta similar a la antes mencionada podría plantearse: ¿qué podría hacer un pueblo analfabeta con una prensa de partido que lejos de informar adoctrinaba generalmente, dentro de un sistema político que más o menos le garantizaba la libertad, después del régimen de Santa Anna?

Ese pueblo analfabeta, con o sin democracia, con o sin la garantía verbal de libertades e igualdades, con o sin prensa, hacía cosa bien sencilla: cooperaba en buena medida con esas minorías alfabetizadas en hacer, conscientemente o no, la política en el país.

El hecho político, evidentemente, podía comunicarse e intercambiarse, en el seno de un pueblo iletrado, por medios distintos a la prensa. Desde luego, como lo menciona el autor, por el medio oral, pero ni con mucho siguiendo el adoctrinamiento de la prensa, según lo sugiere McGowan, sino por motivaciones que en el fondo provenían de sus condiciones políticas, económicas y sociales. Su *status* social por sí sólo ya era suficientemente dinámico como para determinar líneas de conducta.

Don Juan Alvarez no acudía a los editoriales de *El Siglo XIX* para adoctrinar a sus analfabetos “pintos”, allá por las montañas de Guerrero, para levantarlos en armas contra su Alteza Serenísima, porque en primer lugar esos editoriales no existían. Afirma McGowan que aquel famoso periódico, de primera importancia en tiempos de Santa Anna, bien se cuidó de *no* tratar asuntos políticos.

El hecho político precedía generalmente a la “noticia” o al adoctrinamiento periodísticos. La prensa no buscaba la noticia, sino a la inversa, afirma el autor.

En el México independiente, desde sus principios, la política se ha hecho fundamentalmente por medio de la guerra intestina. Conviene recordar al respecto el bien conocido juicio de von Clausewitz, famoso teórico de la guerra, en el sentido de que, precisamente, ésta es lo mismo que la política, sólo que por otros medios: el empleo de las armas.

Esos fueron los hechos de siempre en la mayor parte del siglo XIX. Durante las sesiones del Congreso Constituyente, que daría la Carta de 1857, el país vivía en condiciones de guerra civil. Así, el 20 de octubre de 1856, Orihuela y Miramón se pronunciaron en Puebla, rebelión que fue sofocada el 3 de diciembre del mismo año. En ese mismo mes, el día 20, ocurrió el pronunciamiento de Rosas Landa en San Luis. Osollo, otro joven Macabeo, como Miramón, no cesaba en sus campañas. Avivaban el fuego Pío IX y el clero católico al promulgarse la nueva Constitución, cuyo juramento prohíben a funcionarios y empleados del gobierno.

Por otro lado, es cosa comprobada que en los países de alto analfabetismo y con prensa para minorías se pueden hacer revoluciones, como lo demostraron las nuestras de Independencia y de Reforma, la famosa de 1910, en cuyo régimen vivimos. Esta encabeza en el siglo a otras dos

revoluciones hechas por analfabetos: la Rusa de 1917 y la China. Su requisito fundamental previo fue siempre la politización masiva de iliteratos y letrados.

Estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que las relaciones entre la prensa y el poder político en México, en el período señalado, son asimétricas la mayor parte del tiempo. El Estado, titular del poder político, condiciona la vida de la prensa y no puede afirmarse como conclusión que ésta sea un cuarto poder de hecho, dentro de la organización constitucional del país, como pudo ser la prensa inglesa de entonces, dentro de la Gran Bretaña.

En cambio, las conclusiones del autor sobre las características de la prensa en el período 1854-1857 revelan un estudio acucioso desde el punto de vista de las ciencias de la comunicación, que trasciende como indicador para el conocimiento histórico de la época. La verdad “periodística” forma parte, sin duda, de la verdad histórica. Ahorrará tareas a los historiadores y, más aún, les dará, como ningún otro medio, el tono de aquellos tiempos, su microhistoria y su vida cotidiana.

El modo hiperbólico con el que se tratan en esta obra las relaciones de la prensa con el poder político, lo denota desde el principio el atrayente epígrafe inicial (p. V del libro) que conviene analizar, porque, como suele suceder, esos epígrafes pretenden dar la filosofía de una obra.

Sus términos textuales son:

“Que nos quiten las demás libertades... con tal que nos dejen la libertad de Prensa... pues con ella reconquistaremos en breve las otras. En El Herald, 20 de diciembre de 1855.”

Puede estar inclinado el lector a creer que esas líneas constituyen una opinión o afirmación del periódico *El Herald*.

Para aclarar nuestras dudas hemos hecho un cotejo en la Hemeroteca Nacional, donde existe el diario aludido, con el siguiente resultado:

1) No están esas frases del epígrafe en el editorial de la edición del 20 de diciembre de 1855. Ese editorial se titula “La Reacción”. No son, por tanto, una opinión del periódico.

2) Están en la página 2 de esa edición, en un artículo sin firma (primera columna), que se titula “La Prensa”. Tiene como subtítulo dos palabras: “Art. 1”.

3) El artículo aludido comienza así:

“La palabra Prensa dice M.A. Arrast se emplea para (...).”

Es pues, esencial una Prensa libre en toda organización social (...). Esta es una verdad en la que todos están acordes. Sièyes decía que la libertad de prensa es un sexto (*sic*) sentido concedido a las naciones modernas. Que nos quiten si quieren las demás libertades, exclamaba un orador inglés, con tal de que nos dejen la libertad de la Prensa, estoy

conforme; pues con ella reconquistaremos en breve las otras. (. . .)".

4) Esas palabras las dijo "un orador inglés" y *no* con relación a México, como puede verse en el artículo mencionado.

5) El autor del libro que se reseña, señor McGowan, usó esas palabras como le convino, afirmando que están en *El Herald* susodicho; pero todo depende de cómo estén puestas ahí. Como antes afirmamos, *no* pueden considerarse periódicamente como opinión del diario. Agregamos: *no* las dijo ningún mexicano y *no* se dijeron con relación concreta a México.

6) ¿Qué valor pueden tener esas palabras? ¿Orientarán al lector? ¿Lo desorientarán, tentándolo a creer en cosas que no fueron?

Opinamos que el epígrafe en nada beneficia al libro reseñado porque, además, suscita la duda de si otros textos habrán sido usados o interpretados mediante juicios subjetivos. Si el autor *no* prueba que de 1854 a 1857 hubo casos en que "el público y la prensa se unieron para derrocar a un gobierno. . ." (p. 9), el lector tiene derecho a dudar y a esperar que El Colegio de México y otras instituciones que están en el caso hagan con este tipo de disertaciones académicas una colección o serie especial, para no exigirles el rigor de libros de verdadera línea editorial. Así nadie se llamaría a sorprendido. Bien se sabe que en numerosos países de alta cultura no se evitan para el público las tesis profesionales. *Luis Córdova*

CONTRA LA MEDICINA TECNOCRÁTICA

Franco Basaglia y otros, *La salud de los trabajadores. Aportes para una política de la salud*; Donatella Bonino, *El compañero médico. Por una nueva relación médico-paciente*, Editorial Nueva Imagen, México 1978 y 1979, 251 y 125 páginas, respectivamente.

En el caso de esta obra de la serie "Salud e ideología", en la que colaboran numerosos autores, conviene parafrasear a François Mauriac y advertir que una reseña es apenas una ventana, mientras que un libro es una casa. Así, es evidente que en nuestro intento se quedará rezagado más de un aspecto valioso del texto, por más que se quiera destacar la importancia de estas publicaciones recientes de Nueva Imagen.

Debemos confesar que el prólogo de *La salud de los trabajadores* nos pareció denso y pesado; se nos dificultó entrever todos los aspectos cuyo descubrimiento nos aguardaba en los demás artículos que conforman la obra. Creemos que si la presentación y la introducción hubieran precedido al erudito y documentado prólogo de Eduardo L. Menéndez, se habría ganado mucho para preparar a los lectores a aquilatar en todo su valor dicho prólogo y desembarazar el camino hacia los demás trabajos. En la presentación, en cambio, se comprende con una rápida lectura la temática y el singular valor de esta nueva edición.

En la remota antigüedad la medicina se basaba en las creencias, en los hábitos ancestrales, disfrazados mediante gestos, taumaturgias y pociones que volvían más interesante la curación. La humanidad prosiguió su camino siempre acompañada de la medicina. Cuando se descubrieron los rayos X, enloqueció de entusiasmo. Se cuenta que los médicos se dedicaron a fotografiar los esqueletos de los pacientes para localizar así cualquier síntoma patológico, desde un dolor en el meñique hasta una tuberculosis pulmonar. Los pacientes, a su vez, se ocupaban en conocer sus más recónditas intimidades y los enamorados llegaban a intercambiar fotografías, cariñosamente dedicadas, de sus fémures, cráneos o huesos coxales.

Empero, con los años, el rudimentario aparato de Roentgen se ha ido convirtiendo en una gigantesca maquinaria, en un impresionante robot que atemoriza a quienes caen bajo su poder. Leímos en la revista *Time* (Nueva York, 28 de mayo de 1979) que mientras en 1896 una máquina de rayos X costaba en Estados Unidos 50 dólares, hoy el modelo superrevolucionado de la misma vale 700 000 dólares o más.

En casi todos los países occidentales (México entre ellos), si un individuo padece un mal nada común, interesante y misterioso, incluso para los médicos, quizá se convierta en un conejillo de Indias mimado al que se le atiende y se le halaga gratuitamente y, de ser necesario, se le acomoda en los grandes y avanzados centros hospitalarios: la enfermedad se ha apoderado del individuo, cuyos temores, ambiciones, esperanzas y deseos de ser humano pasan a segundo término, ante el predominio de la enfermedad.

Así, poco o nada importa la llamada medicina preventiva (casi inexistente), poco importa impedir que los pulmones del minero se deshagan por la silicosis, que el asma aniquile a la obrera textil o que el plomo envenene el organismo del ceramista, como antaño el del tipógrafo.

Una de las autoras de la obra, Marisa Siccardi, opina que "los estudiantes de medicina y los enfermeros aprenden que el objetivo de la medicina es la 'cura de la enfermedad'."

La presentación señala que a fines de 1973 se realizó en Florencia, Italia, un coloquio organizado por la coordinación toscana del Partido de Unidad Proletaria, en el que participaron casi 2 000 personas (delegados de fábricas, estudiantes, médicos, enfermeros, empleados de empresas) y otros militantes interesados en intercambiar experiencias sobre un tema capital: la salud de los trabajadores.

Como afirma Marisa Siccardi, hay "la defensa del sano" y la "devolución de la salud al enfermo. Sólo teniendo bien claro este concepto fundamental se puede comprender que prevención, cura y rehabilitación sean aspectos inseparables de la medicina; que tiene al hombre por objeto en su unidad psicossomática y social".

Las pláticas del gran coloquio giraron en torno a los hallazgos que realizó un grupo de investigadores sobre la prevención y la higiene ambientales en la fábrica de la Montedison de Castellanza Varese, en una de las regiones de

Italia en donde se concentran numerosas instalaciones fabriles de productos químicos, textiles, mecánicos, etcétera.

Adviértase que esta lucha por mejorar la prevención de la salud del trabajador parte de éste, a diferencia de los sistemas patronales del taylorismo y la ergonomía, que luchan por el rendimiento del trabajador en la fábrica. Ahora la meta es la salud de la mujer y del hombre, del grupo de trabajadores.

Franco Basaglia, quien pertenece al grupo que enarbola la bandera de la antipsiquiatría en compañía de David Cooper, Gilles Deleuze, Ronald D. Laing y Felix Guattari, entre otros, afirma que "se despanzurra, se desmenuza y se reduce a la nada la dizque complejidad de los procesos de la ciencia patronal, aparentemente dotada de todas las verdades", para luego "ser refutada en su estupidez, en su realidad de explotación, de peligro, de muerte".

De Basaglia conocíamos textos publicados en diversas revistas. En *El viejo topo*, publicación española, apareció "Antipsiquiatría y 'nuevas técnicas'." Ahí declara que representa en Italia al movimiento anti-institucional o antipsiquiátrico, que pone en tela de juicio los esquemas y parámetros que se consideran como valores absolutos, los valores de una sociedad "que produce locos y esquizofrénicos como produce champú Dop o coches Renault, con la diferencia de que aquéllos no pueden venderse" y, además, se les encierra y rechaza, a pesar de ser la realización, "la creación de la producción y la sociedad capitalistas".

En realidad, todo aquel que se salga un poco del huacal, de los preceptos impuestos por una sociedad estandarizada, conforme al ideal, en la mayoría de los casos, del gurú de los estadounidenses Marshall MacLuhan, es sospechoso. De ahí, nos dice Basaglia, "que se vigile con cuidado a los artistas y a los sabios, a todo aquel que puede introducir corrientes peligrosas para dicha sociedad". Ocorre que el capitalismo "es el límite de toda sociedad, en tanto que opera la decodificación de los flujos que las otras formaciones sociales codificaban y sobredecodificaban".

Quienes más peligro corren de caer en las garras de la psiquiatría o de la muerte son los pobres. "El paciente, el accidentado, el enfermo —escribe Marisa Siccardi—, el ser humano que hasta hace poco tenía por lo menos un nombre," si tiene la desgracia de recluirse en un hospital "se convierte en un número, en un caso" que "tiene que respetar rigurosamente ciertos horarios", puesto que es un don nadie y debe obedecer a médicos, enfermeras, auxiliares y hasta a simples empleados. "El es el intruso y debe adecuarse a los compromisos de los otros y no, por cierto, la persona para la cual existe el hospital en su triple función preventiva, curativa, rehabilitadora." Todas las observaciones de Siccardi se podrían aplicar a las instituciones de salud pública (y privada también) de nuestro país.

En los lugares de curación que se autodenominan hospitales, sanatorios, sitios de "reposo", etc., "todo es casi antinatural", escribe la autora que comentamos. En algunos sitios "los enfermos se levantan a las tres o cuatro de la mañana; a las siete deben tener las colchas estiradas y estar perfectamente en orden para la visita médica (icuidado con

que algo esté fuera de su lugar!). El que está en la cama debe, incluso, orinar dentro de un horario preciso. Las 11 y las 5 se convierten en las horas de la comida y de la cena".

Ya lo habría señalado Foucault: "El aparato carcelario ha recurrido a tres grandes esquemas: el esquema político-moral del aislamiento individual y de la jerarquía; el modelo económico de la fuerza aplicada a un trabajo obligatorio; el modelo técnico-médico de la curación y de la normalización".¹ El hospital, podría añadirse, es el último eslabón de esa cadena de prisiones por la que pasa el pobre.

Marisa Siccardi opina que "médicos y enfermeros creen que cumplen plenamente su deber con los enfermos llenándoles los orificios con tubos". Después dirán que se hizo todo lo posible, mientras aguardan a que el paciente muera "cuando están los otros colegas en turno".

En enfermo es impotente. "Todo lo que tiene carácter médico está rodeado para el paciente de una vestidura mágica. . . El sentirse rodeado del misterio y la sacralidad del médico santo y omnipotente que lo cura sugiere una tácita sumisión. . . La tercera revolución de la medicina, que Macacaro describió hace tiempo, señala que el objetivo no es más soterrar al hombre al capricho de Dios o de la naturaleza, sino al capricho (y a la explotación) de los otros hombres, de la sociedad, de la fábrica y del hospital."

Mario Rosignoli denuncia cómo en el sector de la cerámica de las fábricas de Perugia, "en donde la demanda crece de continuo y las ganancias son altísimas, el plomo corroe el organismo de 70% de los empleados. En la Falcinelli, la presencia de plomo en la sangre supera a 0.60 miligramos por litro en más de 40% de los operarios; en la Delta-ala, supera 0.6 miligramos por litro en más de 18% de los trabajadores. En la misma fábrica, 89 obreros sobre 123 padecen jaqueca, insomnio, nerviosismo y fácil irritabilidad; 25, hormigueos en las manos, los brazos y el cuerpo; 20, cólicos abdominales; 27, disminución de la fuerza física; 100 obreros denuncian la ausencia de aspiradoras; 104, de ventiladores". ¿Y qué decir, añadimos, de quienes fabrican los deliciosos bombones "Perugina", que a veces compramos los mexicanos en día de pago? Son víctimas de la "organización científica del trabajo", del calor y la monotonía, de esa perfecta tecnología cuyos resultados fueron previstos hace muchos años por Chaplin y que conduce a los obreros y obreras a engrosar las filas de las cárceles psiquiátricas.

Todo lo dicho forma parte de las consecuencias del Modelo Médico (MM), "construcción social —escribe el prologuista— en la que intervienen tanto el personal de salud (básicamente el médico), como la sociedad hegemónica, como los diferentes sectores sociales que se constituyen en una formación social. El MM es, en consecuencia, una construcción que supone a la sociedad en que se constituye como parte intrínseca del mismo".

Eduardo L. Menéndez afirma que el MM surge "a partir de la revolución industrial, es decir, se genera conjuntamente con el desarrollo del capitalismo en su etapa de 'librecambio' durante el período clásico de la constitución de la clase

1. Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI Editores, México, 1976, p. 305.

obrero". El MM continúa funcionando con vigor en Estados Unidos, aunque a juzgar por la publicación neoyorquina antes citada le está produciendo fuertes migrañas. Según Hoyt D. Gardner, presidente de la American Medical Association, "Estados Unidos sufre *médicamente* más a causa de su abundancia que de la pobreza". No obstante, la medicina en ese país es una de las más caras (si no la más costosa) de todo el mundo. Hasta ahora, el sistema no ha logrado que el público tenga acceso a los beneficios de la tecnología "a un precio accesible sin que los azote más y más el látigo de los impuestos federales". "La medicina no puede ser barata —opinan los médicos estadounidenses—; por su naturaleza, no puede ser otra cosa que un mercado de consumo." (*Time*, *op. cit.*).

Pero volvamos a nuestro prologuista. Señala Menéndez que desde el decenio de los sesenta comenzó a hacerse cada vez más evidente la ineficacia de la medicina para numerosos problemas. El hambre, por ejemplo, "emerge como un problema político respecto del cual las actividades médicas son prácticas secundarias y subordinadas". Además, "el desarrollo de la enfermedad en los lugares de trabajo forma parte del desarrollo global de las condiciones de enfermedad en los mismos; durante esta década es evidente que en vez de abatirse los daños laborales, algunos han comenzado a crecer aun por encima de las mejoras de las condiciones de producción".

Tan sólo en la industria "el número de accidentes anuales que entrañan una suspensión del trabajo en todo el mundo se estima en 50 millones, es decir, 160 000 aproximadamente por día. En los países avanzados en promedio un trabajador de cada diez en la industria es víctima diaria de un accidente que le obliga a suspender su trabajo". En los países en desarrollo "el número anual de casos mortales se estima en 100 000", sin contar las "cifras relativas a la agricultura y a la silvicultura, sectores en que los accidentes son numerosos y graves", pero "que no son objeto de censos mundiales".

Hay algo aún peor: "las enfermedades de la desocupación", que "son mucho más graves y más intensamente desarrolladas en los países de capitalismo dependiente".

Mucho se ha dicho acerca de que, en nuestra época, el paciente y el médico no hablan el mismo idioma. Sin embargo, para este último debería tener algún significado el que un pobre campesino o un obrero le digan que tienen un humor muy fuerte, que tienen una sangre muy espesa o que sienten una bola en el estómago. El sabio doctor Rabelais, asombro de su época, sí los hubiera tomado en consideración. Empero, dentro de sus lujosos consultorios, equipados con avances tecnológicos insospechados para los ignaros pacientes, muchos que se dicen herederos de Hipócrates no consideran en absoluto el criterio de la clientela. Y hasta en los hospitales de salud pública se le reprocharán al obrero, al albañil o al campesino sus pies sucios, el sudor maloliente de su ropa de trabajo y su incapacidad para expresarse, si le toca en suerte que lo dejen hablar.

¡Bravo por este grupo de investigadores del PUP que hundió el dedo en la llaga de la medicina contemporánea!

Hablemos ahora del libro de Donatella Bonino. La joven

psiquiatra se dedica a establecer "una nueva relación médico-paciente" llevando a la práctica todas las encomiables teorías expuestas en la obra comentada primero.

"Su trabajo —escribe Ricardo Loewe en la introducción— se inscribe en una tendencia, encabezada actualmente por médicos italianos, de crítica y replanteamiento de la medicina."

Con el avance de la llamada civilización, a las enfermedades se añaden ahora los problemas ambientales, los conflictos sociales y el desmoronamiento familiar. El médico ya no puede partir, para ayudar al paciente, del registro que acostumbra conservar en el archivo, como si la evolución del individuo pudiera codificarse como la de una gráfica económica.

Loewe indica que las dos corrientes humanistas que hay en la actualidad, dentro de la medicina, no perciben "los problemas cotidianos" de los enfermos "porque no les conviene el compromiso, o porque no tienen las herramientas que les permitan detectar tales problemas. De los médicos 'humanistas' son estos últimos los que nos interesan, los otros pueden seguir flotando como globos, que ya se les acabará el gas. Una parte del instrumental necesario para el verdadero reconocimiento de quienes tenemos enfrente, lo encontrarán los interesados al leer las historias de este libro".

En efecto, los entrevistados de la doctora Bonino son trabajadores de Turín, provenientes de diversas regiones de Italia. Narra la autora muchos casos de jóvenes, gente madura o anciana, que sufrieron experiencias dolorosas en sus centros de trabajo, víctimas de los capataces, los sindicatos, los empresarios y, como aliados de todos ellos, los médicos.

La escritora convivió con psicóticos graves, "encerrados por lo menos 20 años antes en un hospital psiquiátrico de Turín, 80 por sala". Conoció y comprobó lo que es, según expresión de Basaglia, "la psiquiatría represiva", esa psiquiatría para la cual "orden público y enfermedad mental están siempre estrechamente asociados, ya que la enfermedad no es nunca tratada como problema técnico específico, sino como manifestación anormal del comportamiento que sobrepasa el límite que la sociedad ha establecido".

"Si no se lucha contra esa lógica —afirma Basaglia— llegará un día en que todos estemos englobados en un largo tratamiento en el mundo de la psicoterapia, de la ergoterapia, de las técnicas de rehabilitación de acuerdo con un centro cada vez más restringido que delegará en los técnicos la función de crear continuamente nuevas ideologías para utilizarlas como instrumentos de discriminación y de división". La psiquiatra Bonino colabora para que eso no suceda.

Lo único que lamentamos, sin dejar de disfrutar por ello estas dos nuevas y valiosas ediciones de la activa editorial Nueva Imagen, es que está cayendo (quizá por su misma actividad) en aquello que Alfonso Reyes llamaba la "lepra conatural del plomo". De seguir así, tendrá que añadir en el colofón, como aconsejaba nuestro gran escritor, "erratas a juicio del lector". *Graciela Phillips.*

LA RECUPERACION DE LA HISTORIA NACIONAL PARA LAS LUCHAS SOCIALISTAS

Alejandro Witker, *O'Higgins, la herencia del libertador*, Universidad de Guadalajara y Casa de Chile, México, 1978, 203 páginas, y *Chile: sociedad y política. Del Acta de Independencia a nuestros días. Antología*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, 710 páginas.

Con la grave y profunda derrota del 11 de septiembre de 1973 culmina una etapa de la historia de las luchas populares chilenas. Dicha derrota encuentra una de sus causas principales en la incapacidad de las vanguardias, de la clase obrera y el pueblo para crear una contrahegemonía proletaria en el conjunto de la sociedad que se transformara en hegemonía verdadera y cimentara la derrota social, ideológica, política y militar de las clases explotadoras y sus aliados externos. Dentro de este error grave, de contenido estratégico, tiene un papel importante, si no central, la incapacidad de recuperar la historia nacional de la lucubración burguesa, generando una historiografía basada en el materialismo histórico y dialéctico que permitiera descubrir el papel protagónico de las clases revolucionarias en la construcción de la nación; que demostrara que el legado histórico de los padres de la patria, de los constructores del Estado nacional, de los forjadores del país contemporáneo, de los creadores del prestigio internacional del Chile democrático, pertenecía al proletariado chileno, única clase con capacidad objetiva y subjetiva para llevar el avance de la sociedad y la nación chilenas a etapas superiores, de verdadera independencia y desarrollo nacionales.

La recuperación de la historia nacional para la revolución y el socialismo es una tarea del pueblo chileno, ya mil veces escamoteada por la burguesía y sus aparatos ideológicos de clase y de estado. Esta tarea popular es de responsabilidad, en primer lugar, de los "grandes intelectuales orgánicos" de las clases explotadas, de los partidos y organizaciones revolucionarias que el movimiento popular ha creado al calor de sus luchas pasadas y recientes. Los intelectuales de los partidos obreros y populares tienen la cuota principal de responsabilidad en acometer esta tarea. Sin embargo, a pesar de haber transcurrido cinco años de exilio chileno, en el que las condiciones de lejanía de la "lucha cotidiana y gris" y de mayor intercambio cultural y libertad académica, en contacto con otros intelectuales y otros pueblos, facilitan la tarea, se puede comprobar que los esfuerzos de los partidos chilenos y de su capa de intelectuales es, por decir lo menos, tímida e insuficiente.

El trabajo constante y productivo del socialista chileno Alejandro Witker constituye una de las pocas excepciones a esta lamentable realidad. Historiador que se desempeñó como docente e investigador en las universidades de Concepción y del Estado de Chile hasta el golpe militar, actual maestro de historia del movimiento obrero en la Universidad Autónoma Metropolitana, Witker ha producido varios libros y numerosas monografías desde su arribo a México. Es autor de uno de los testimonios de mayor valor literario, *Prisión en Chile*, en donde cuenta con pasión, veracidad y mantenida cadencia,

sin concesiones ideológicas, su personal odisea por diversos campos de concentración y cárceles del régimen militar que derribó al Gobierno constitucional de Salvador Allende.¹ Su ensayo *Los trabajos y los días de Recabarren*, notable biografía del fundador e inspirador del movimiento obrero Chileno y de su tiempo histórico, obtuvo el premio "Casa de las Américas" en 1977.² Es autor de una biografía del presidente Allende y de un esbozo biográfico de José Tohá, quien fuera vicepresidente de la República y Ministro del Interior y de Defensa del Gobierno Popular.³ Ligada a su tarea actual como docente, ha publicado una extensa bibliografía para el estudio del movimiento obrero latinoamericano.⁴

Las obras aquí comentadas sitúan a su autor en el correcto camino de trabajador intelectual firmemente colocado en la tarea científica y política de recuperar la verdadera historia nacional de su país para los demócratas y los revolucionarios chilenos. La primera de ellas, *O'Higgins, la herencia del libertador*, está dividida en dos secciones: en la inicial se incluyen cuatro trabajos del autor, de disímil construcción y alcance. El primero es una charla pronunciada por Witker en el campo de concentración de Chacabuco, donde había sido confinado junto a centenares de chilenos, en la última etapa de su cautiverio.

El novelista, poeta y crítico literario Fernando Alegría, que prologa esta cuidada edición de la Universidad de Guadalajara, escribe respecto a esta conferencia: "Un profesor joven hablando a campo abierto en tribuna improvisada, consciente del fuego libertario que llevan sus palabras, desafiante, pero sobrio y cauteloso a la vez, protegiendo a ese puñado de patriotas que esperan la tortura, el exilio o la muerte, y, sin embargo, atacando también la celosa seguridad que se da la dictadura, proclamando verdades bien pensadas y elocuentemente dichas, protestas y advertencias que lucen entre líneas, representando una vez más el viejo diálogo entre la fuerza y la razón, entre el seudopatriotismo que mancha con sangre las bayonetas, y el patriotismo que construye con obras e ideas la auténtica grandeza de la patria" (p. 23). Más allá del valor testimonial de la conferencia, debe destacarse su correcto empeño por desmitificar al héroe de la fábula, para colocarlo en la perspectiva de la historia de la formación social, en donde será posible descubrir las causas que le permitieron encarnar y dirigir las fuerzas progresivas de su época, en contradicción —violenta y rupturista, en este caso— con las fuerzas de la reacción interna y el colonialismo español.

El segundo trabajo de esta primera parte es una conferencia pronunciada por el autor en México, al conmemorarse los 199 años del natalicio de Bernardo O'Higgins. Trabajo de

1. *Prisión en Chile*, Fondo de Cultura Económica, México. Hay otra edición en ruso (Moscú, 1978) y se encuentran en prensa una nueva edición en español (Madrid, 1979) y en alemán (RDA, 1979).

2. *Los trabajos y los días de Recabarren*, Casa de las Américas, La Habana, 1977. Hay una edición de Nuestro Tiempo, México, 1978.

3. Se trata de *Salvador Allende: prócer de la liberación nacional*, Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM, 1978, y *El compañero Tohá. Esbozo biográfico, testimonios y documentos*, Casa de Chile, México, 1977.

4. *Para estudiar el movimiento obrero latinoamericano. Guía bibliográfica*, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México, 1978, 240 páginas.

rigor metodológico —a pesar de las obvias dificultades de carencia de muchas fuentes documentales y bibliográficas que sólo se encuentran en Chile— en él Witker reivindica con justeza que el proyecto nacional de Chile se encuentra inconcluso. Partiendo del papel que O'Higgins y el pueblo chileno realizaron para lograr la independencia nacional, el historiador va demostrando cómo la burguesía de su país ha sido históricamente incapaz de completar la obra de los padres de la derrota colonialista y de la nación chilena; cómo las fracciones de las clases dominantes que levantaron proyectos nacionalistas —Arcos, Bilbao y Lillo, en la década de 1850 y 1860; Vicuña Mackenna, Valentín Letelier y el presidente Balmaceda en los últimos decenios del siglo XIX; los militares progresistas contemporáneos de Arturo Alessandri, en la década de 1920— siempre sucumbieron ante los sectores retardatarios y los imperialismos, inglés en el siglo pasado y norteamericano en el presente. Witker va demostrando cómo, inmersos dialécticamente en esta traición nacional de la burguesía, son los trabajadores y sus organizaciones de clase desde los albores de su nacimiento, con Recabarren y las primeras centrales y partidos obreros, los que han defendido el proyecto nacional de Chile. Resume los logros del gobierno del Frente Popular, antecesor directo de la Unidad Popular de Allende, y asigna a ésta, al asumir la conducción del gobierno, "...una problemática teórica y política de la mayor trascendencia: el rescate crítico del pasado de la nación chilena, la integración del proyecto nacional inconcluso con la alternativa socialista que postulamos". Reclama para las vanguardias políticas ser capaces de continuar el esfuerzo del presidente Allende —a veces apasionado y casi siempre solitario— por enraizar los actos y las perspectivas del gobierno y del movimiento popular en lo que O'Higgins, Carrera, Letelier, Pedro Aguirre Cerda, el obispo Larrain y otros exponentes del progresismo burgués y pequeñoburgués realizaron en defensa de una nación chilena independiente y en continuo progreso.

En este último sentido se inscribe el tercer artículo,⁵ en el que el autor rinde un homenaje al general Carlos Prats y rescata su ideario. Prats, "heredero de las mejores tradiciones de O'Higgins", fue el principal sostenedor del sector democrático y progresista de las Fuerzas Armadas chilenas y se transformó en escollo insalvable para el gobierno Nixon-Kissinger y sus aliados chilenos en sus esfuerzos por lograr el golpe militar que pusiera fin a la experiencia de la Unidad Popular. Dicho golpe sólo pudo prosperar cuando el general, posteriormente asesinado en un atentado con explosivos en las calles de Buenos Aires, junto con su esposa, fue marginado de la dirección del Ejército. El cuarto artículo es una nota periodística corta, en la que el autor polemiza con el vocero más lúcido de la burguesía chilena, el periódico *El Mercurio*, y propone rescatar las figuras populares olvidadas ex profeso por la historiografía burguesa. A pesar de este aporte, nos parece que su carácter de artículo de lucha más bien cotidiana no ameritaba su inclusión en la obra.

La segunda parte del libro es una cuidadosa selección de cartas, actas y documentos oficiales y proclamas políticas salidas de la pluma de O'Higgins, en las que el prócer chileno

se retrata como un fervoroso partidario de la independencia nacional y como un soldado y político latinoamericanista (bastaría recordar, como lo hace Witker, que O'Higgins obtuvo los más altos títulos militares no sólo del Ejército de Chile, sino también de los de Perú, Argentina y la Gran Colombia; y que entre sus iniciativas políticas internacionales estuvo la de crear un "Congreso General de los Estados Americanos" que diera base a una gran federación continental). La clara defensa de los sectores populares y su lucha contra la oligarquía agraria y los resabios de las prácticas cortesanas heredadas de la Corona Española surgen también como características de Bernardo O'Higgins. Cierran la selección otros artículos y documentos referidos al prócer y una completa bibliografía sobre la época de la Independencia de Chile y sobre la vida de O'Higgins.

La Antología que la UNAM le ha publicado al historiador chileno, bajo el título de *Chile: sociedad y política*, nos parece un intento serio y meticuloso de ofrecer una rica y completa imagen de ese país, su pueblo y parte de su historia. Dividida en dos partes, en la primera —que titula "Chile en la Historia"— el autor busca entregar una visión rápida y vivaz del Chile actual a lo largo de un recuento histórico breve, lleno de belleza literaria, seleccionando textos de autores provenientes de muy distintas disciplinas y también de diversas épocas. Las voces poéticas de Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Fernando Alegría nos traen, junto a un notable artículo histórico de "presentación" de Chile, de Pedro Cunill, al Chile cotidiano, a su intrincada geografía, a sus tipos humanos, a sus ruidos, a su folklore. Catorce trabajos de diversos científicos sociales, políticos y estadistas —desde un latifundista que argumenta sobre la inevitabilidad de la pobreza hasta la descripción descarnada de la explotación sufrida por el pueblo mapuche, realizada con científica acuciosidad por el sociólogo Bernard Jeannot— dan cuenta de las situaciones sociales y políticas de la oligarquía y el pueblo chileno, visión que Witker complementa adecuadamente con artículos de Jobet, Godoy Urrutia y Barría sobre el movimiento obrero, y de Andrés Bello y Eugenio González sobre la Universidad en sus inicios y en la década de 1960.

La segunda parte, dedicada al período presidencial de Salvador Allende y al gobierno militar de Augusto Pinochet, contiene documentos relevantes para el análisis de ambos períodos, desde el programa de la Unidad Popular hasta la declaración que fundamentó el 11 de septiembre al movimiento militar y la definición de los objetivos que persigue el gobierno castrense. Varios artículos de dirigentes y documentos oficiales de los partidos chilenos aportan al lector una lúcida selección sobre las reflexiones más importantes que se han realizado sobre el proceso que encabezó Salvador Allende, sus errores, aciertos y lecciones, y sobre las políticas de la Junta Militar y las perspectivas de la lucha actual por la democracia y la solidaridad internacional que ésta recibe. Cierra la antología una cronología básica sobre historia de la República de Chile y una bibliografía con 100 libros y artículos para el estudio del país.

Se trata, en suma, de dos obras innegablemente necesarias para las ciencias sociales chilenas y latinoamericanas. Constituyen aportes concretos a la inconclusa tarea de recuperación de la historia nacional para el proyecto político y las luchas

5. Publicado como nota bibliográfica ("El general Prats, soldado de la democracia"), en *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 7, julio de 1977, pp. 860-862.

del movimiento popular chileno. El de O'Higgins podría haber profundizado más en el desarrollo del modo de producción de la época y en las clases y capas sociales y sus contradicciones, entre sí y con la metrópoli. Pero, como el mismo autor señala con honestidad, la urgencia de la tarea justifica algunas licencias metodológicas del presente, que deberán ser superadas y enriquecidas en el mañana. Asimismo, se puede advertir en la antología la ausencia de textos que den cuenta del período previo a la asunción de Allende al poder ejecutivo. Es precisamente en los fracasos reiterados de los gobiernos reformistas anteriores, como señalan demasiado someramente dos de los trabajos recogidos,⁶ en donde está la clave que posibilitó el triunfo del movimiento popular y su mantención en el poder durante tres años.

Asimismo, salvo las referencias señaladas en los documentos políticos de los partidos de la Unidad Popular y en el

6. Véase a Hugo Zemelman (pp. 443 a 478) y Luis Maira (pp. 479 a 519).

artículo de Volodia Teitelboim,⁷ no se encuentran incluidos algunos de los ya abundantes trabajos sobre la acción del gobierno y las empresas transnacionales norteamericanas y los sectores, partidos, grupos y personas que les ayudaron en la "desestabilización" y en la formación del núcleo conspirativo central que condujo el esfuerzo golpista, y que detenta actualmente el poder en Chile. Puede que el autor tenga razón al no recoger trabajos de este tipo, si se considera que existen numerosos textos y monografías editados al respecto. Por lo demás, en un tema tan vasto y tan profusamente tratado desde diversos ángulos disciplinarios, el antologista no podrá contentar nunca a todos por igual, los que tendrán de alguna manera predilección y mayor información sobre ciertos temas y formas metodológicas. Pero estos aspectos no desmerecen la obra de Witker, sino que plantean, a él y a otros historiadores, la necesidad de continuar su obra, fecunda y de alta calidad. *Antonio Cavalla Rojas*.

7. "Más sobre el proceso chileno", pp. 554 a 587 de la antología que comentamos.

obras recibidas

Jaime Alvarez Soberanis

La regulación de las invenciones y marcas y de la transferencia tecnológica, Editorial Porrúa, México, 1979, XLIV + 729 páginas.

Enrique Astorga Lira y Clarisa Hardy Raskovan

Organización, lucha y dependencia económica. La Unión de Ejidos Emiliano Zapata, Centro de Investigaciones del Desarrollo Rural-Editorial Nueva Imagen, México, 1978, 217 páginas.

Cámara Nacional de la Industria del Hierro y del Acero

Informe del Presidente, 1978, México, 1978, 52 páginas.

Centro Iberoamericano de Cooperación

Primera Reunión Iberoamericana de Ciencia y Tecnología. Memoria, 2 t., Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, Madrid, 1979, 937 páginas.

Coordinación General del Sistema Nacional de Información, Secretaría de Programación y Presupuesto

Encuesta nacional de ingresos y gastos de los hogares, 1977. Informe metodológico, SPP, México, s.f., 298 páginas.

Lewis A. Coser

Las instituciones voraces. Visión general, trad. del inglés de Sergio Lugo Rendón, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, 153 páginas.

Gobernación de la Provincia de Buenos Aires-Secretaría de Planeamiento y Desarrollo

Desarrollo y Modernización, año 1, núm. 1, Buenos Aires, agosto de 1978, 34 páginas.

Carlos Guerrero Silva

Estrategias para aumentar la exportación a la Comunidad Económica Europea (tesis), Facultad de Contaduría y Administración, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1978, xvii + 267 páginas.

Institute of Development Studies

Development Research Digest. Summaries of Current British Research on Development, núm. 1, Universidad de Sussex, Brighton, primavera de 1978, 54 páginas.

Instituto Italo-Latinoamericano

Italia-América Latina. Principales indicadores económicos (ed. bilingüe), Roma, s.f., 32 páginas.

Novo Grupo, Editora Técnica, Ltda.

Itaipú, separata en español de *Construção Pesada*, São Paulo, noviembre de 1977, 152 páginas.

Teresita Quiroz M. y Bárbara Larrain E.

Imagen de la mujer que proyectan los medios de comunicación de masas en Costa Rica, Serie Avances de Investigación, núm. 34, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, San José, 1978, xiv + 344 páginas.

Varios autores

Simposio Internacional sobre los Recursos Naturales No renovables de América Latina, Instituto Italo-Latinoamericano y Universidad Simón Bolívar, Roma, 1975, xvi + 891 páginas.

Giambattista Vico

Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones, traducción del italiano y prólogo de José Carner, Colección Popular, núm. 178, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, 303 páginas.

Alejandro Witker

Chile: sociedad y política. Del Acta de Independencia a nuestros días. Antología, Serie Lecturas Universitarias, núm. 30, UNAM, México, 1978, 710 páginas.
O'Higgins. La herencia del libertador, Universidad de Guadalajara y Casa de Chile, México, 1978, 203 páginas. □